

NUEVO APORTE A LA HISTORIA DE LA GUERRA DE LOS MIL DIAS



BENJAMIN LATORRE CH.

Con inquietud y en dolorosa expectativa se iniciaban en nuestra patria los sucesos de 1900. Todo era incertidumbre, temor y desconcierto.

Tras los descalabros iniciales de la Revolución en el Tolima y el bajo Magdalena, surgió la homérica hazaña del Gral. Uribe Uribe en Peralonso, sin la valiosa colaboración del General Benjamín Herrera, por haber sido éste herido, pocas horas antes. Y también la no menor, desarrollada con aventura inmensa, en la hacienda de Terán, cerca a la casi inexpugnable ciudad de Gramalote, ésta con su gran altura y sus tremendos riscos, que la convertían en una verdadera fortaleza; posición que también había sido recientemente dominada por los jefes Herrera y Rafael Leal, después de feroz combate, hasta cuerpo a cuerpo, con sus valerosos defensores. El General José María Domínguez, acampado en dicho sitio de Terán y sus contornos, con unos tres batallones, tuvo la más desconcertante sorpresa cuando Uribe Uribe, acompañado por menos de cien hombres, y mediante habilísima estratagema, logró penetrar a las propias habitaciones del Estado Mayor e intimar calurosa rendición al en esos momentos alhelado General Domínguez, quien no alcanzó a oponer resistencia. Su oficialidad tampoco acertaba a explicarse tan insólita situación, resultando como obnubilados

casi todos inicialmente, según nos contaba años más tarde alguien del grupo. Entre tanto, la oportunísima llegada de mayores fuerzas revolucionarias acabó de dominar a los rabiosos subalternos quienes naturalmente no podían conformarse con la entrega sin lucha. Además, dizque suponían y alcanzaron a comentarlo, que su condición de prisioneros sorprendidos en tal forma, sería sin duda transitoria.

Pero el gobierno pudo aprovechar grave falta de cohesión surgida entre los principales jefes liberales para recuperarse prontamente hacia el Norte, aún a trueque de relativo descuido de los tenaces aunque un tanto diseminados bloques revolucionarios en las llanuras tolimenses y el Sur de Cundinamarca, donde los caudillos Aristóbulo Ibáñez, Teodoro Pedroza, Cesáreo Pulido fusilado ya al final de la guerra en El Espinal, Marín, Sampedro Uribe, Honorato Barriga y tantos otros denodados, fustigaban sin cesar, con audaces asaltos y guerra de guerrillas, a las tropas gobiernistas. Así se fueron desarrollando, para nuestra dolorida historia patria, los reñidísimos combates de Matamundo, La Sierra y Ambato, los de menor magnitud, El Limón e Icononzo, y el terrible de Tibacuy, éste después de la segunda y venturosa ocupación de Fusagasugá, tras el brillante triunfo en Sibaté sobre las veteranas tropas que allí co-

mandaba el caballero Coronel Arturo García Herreros, acción de armas que detallaremos en su orden más adelante; así como cierto particular desliz, -a manera de epílogo- en que incurrimos en los campos de Fusagasugá, de muy grata recordación al cabo de más de media centuria.

A fines de mayo de 1900 habíamos, los revolucionarios, logrado varios triunfos. Una vez incorporados, cerca a Girardot, y como refuerzo de los derrotados en Ambato, norte del Tolima, seguimos a Viotá, donde nuestros efectivos se duplicaron, y de allí a intentar la ocupación de Fusagasugá cuya guarnición supimos no era muy poderosa. Nuestros Jefes, Ibáñez y Pedroza, sus tenientes Samper Uribe, Barriga y varios otros, acordaron la llegada a tal ciudad ya en las horas de la noche, para sigilosamente tomar posiciones en sus entradas, como en efecto se cumplió. A la madrugada se redujo el cerco y principiaron las escaramuzas. Y al amanecer todo se intensificó, culminado antes del medio día con la bandera blanca de rendición y la captura del jefe defensor, Coronel Aníbal Márquez, puesto en libertad al día siguiente, y pasaporteadas las fuerzas subalternas, oriundas en su mayor parte de Soacha y Arbeláez.

En seguida abandonamos la plaza, pues un batallón despachado en el acto de la tan cercana Bogotá, nos obligó a regresar hacia el Tolima. Y en el próximo caserío de "La Quinta" parte de Icononzo, procuró interceptarnos el Tte. Coronel Próspero Piedrahíta, con unos cuatrocientos hombres a su mando, pero su intento fracasó, logrando nuestras fuerzas, después de bien accidentada lucha de varias horas, reducirlo a sus cuarteles del centro del poblado, y allí, peleando valientemente en su último reducto, cayó más que angustiado pero ileso, el citado Comandante.

Luego, la para nosotros, neófitos, batalla campal de "Hilarco", cerca del puerto de Purificación, contra el ejército, mayor de mil hombres según documentos tomados posteriormente- del General Manuel J. Gallego y su 2º, el bien joven y gallardo Coronel Paulo Emilio Briceño, quien a medio día fue herido mortalmente en la garganta y trasladado a bordo de un pequeño barco oficial que remontaba el río Magdalena con refuerzos gubernamentales. Briceño sucumbió a poco rato, pues el proyectil le había afectado partes vitales. Pérdida muy semejante, entre muchas, sufrimos en propio campo con la muerte de uno de nuestros jóvenes Comandantes, el Tte. Coronel Griceldo Mazabel, quien luchaba así en el partido opuesto al de su hermano General José Mazabel, atacante más tarde, al lado del General Nicolás Perdomo, en el muy desgraciado combate de Tibacuy. La muerte del entusiasta gobiernista Coronel Briceño, causó gran desconcierto a los suyos, pues lo tenían en grande y merecida estima, sin duda por su arrojo, juventud y distinción. Pero Gallego procuró, decían después los prisioneros, ocultar ese grave suceso y arreció el ataque. Pronto un escuadrón como de setenta jinetes nuestros fue arrollado y casi destruido por la infantería enemiga en aquel ardiente y escabroso paraje. Y el combate, al principiar la tarde, iba resultando tan reñido como incierto. Así lo anotó el General José Joaquín Caicedo Rocha, acercándose al sector que nos correspondía y encareciendo redoblar imperativos bríos. En el acto una vigorosa acometida de los batallones 1º y 2º de Cundinamarca, que estaba en alistamiento, con los jefes H. Barriga, de sangre procerca y Navarrete Luis, pudo desatarse, reforzada por los lamentados Angel Alberto Caballero y Pacho Ruiz, con los sobrevivientes José Joaquín Vernaza, Adelmo A. Ruiz, Federico Arbeláez, los Buendías, el mono

Francisco Herreño y tantos otros que se nos escapan, y la accidental llegada de los Generales Aristóbulo Ibáñez y Teodoro Pedroza con unos doscientos hombres, quienes atacaron un flanco del General Gallego, decidió por fin al anochecer el triunfo nuestro, y uno de los primeros prisioneros fue el propio Gallego, en plena línea de fuego, demudado pero digno, al cual le fueron prodigadas las debidas y posibles consideraciones. Seguimos en la persecución hasta El Guamo y cercanías de El Espinal con todo éxito, sobre todo por caballerías, de que estábamos urgidos. Pero los numerosos prisioneros empezaron a estorbarnos, por lo cual se libertaron los de tropa rasa. Luégo se proyectó atacar a Ibagué, pero informaciones de copartidarios en esa ciudad, indujeron a nuestros jefes a desistir de la aventurada empresa. Por tanto decidieron el regreso a purificación, donde fue acordada una nueva invasión a Cundinamarca. Así se verificó, ocupando en esta ocasión sin mayor resistencia a Fusagasugá.

Entonces se planeó un golpe audaz, al intentar sorprender al aguerrido Coronel Arturo García Herreros, quien acampaba en Sibaté, al parecer confiadamente, tan cerca a Bogotá, con unos mil hombres fogueados, entendemos que buena parte de los vencedores poco antes en Palonegro siniestro. Hacía el veinte de julio, por las serranías de Pasca y bordeando el páramo de "Los Colorados", logramos situarnos por tres direcciones en los alrededores del enemigo, es decir en aquella época la hermosa hacienda llamada "Sibaté". Los jefes mejor informados de las vías de acceso en aquellos contornos, Generales Antonio Samper Uribe, Teodoro Pedroza y Juan Mac Allister, así como el Coronel Federico Arbeláez y algunos otros, estaban en capacidad de precisar minuciosos croquis de tales terrenos adyacentes, para ase-

gurar la victoria. El día 24 antes de amanecer, los Generales Cesáreo Pulido y Ricardo Morales, por sendos flancos, iniciaron el sorpresivo ataque. Por otros lados lo hacían Carlos de la Torre, Tulio Varón y Ramón Chaves, a estos últimos fusilados más tarde, para expresar lo menos, en Ibagué y Miraflores, previos terribles vejámenes. Los Coroneles Rafael Santos V., futuro jefe de la nave insignia "Almirante Padilla" en aguas panameñas; Víctor Julio Zea, Anselmo Fabre muerto allí en pleno campo y Luis Navarrete herido. Al Coronel Barriga, nuestro jefe inmediato, le correspondió actuar por el flanco de San Fortunato. La resistencia del Coronel García Herreros fue en verdad desconcertante y ejemplarmente colombiana. Los llamados "vallados" de sus campamentos quedaron en gran parte llenos de cadáveres y heridos. Tales zanjas fueron, al empezar el combate, el más efectivo y cómodo baluarte para los asaltados, que causaron numerosas bajas en los nuestros. Pero logrados los flaqueos del caso, les resultó fatal. Poco antes de las cuatro de la tarde, García Herreros, espada en mano, fue capturado, con una tercera parte de sus subalternos. No pocos habían conseguido escapar en dirección a Soacha y Bogotá. El regreso triunfantes a Fusagasugá, con semejante botín humano, constituyó algo espectacular y como embriagador, pues fuimos recibidos bajo arcos. Pero bien se sabe que las embriagueces del triunfo y sus vanidades disculpables, muchas veces son tan efímeras. Así, en lo enorme, el sol de Austerlitz se ensombreció terriblemente años después sobre los campos belgas de Waterloo. El desastre se aproximaba. Numerosas tropas gubernamentales, a las órdenes del jefe Pompilio Gutiérrez, avanzaban de Viotá por el alto de "Cumaca" entretanto que por Pandí y Arbeláez lo hacían los Generales Nicolás Perdomo y José Mazabel con más efectivos. El

encuentro con Gutiérrez vino a producirse en seguida de abandonar a Fusagasugá, con gran pesar, ya en las proximidades de Tibacuy, de tan ingrata recordación. Tras una mediana refriega, hubo repliegue del enemigo, desocupando esta pequeña población, donde dominamos dos cuarteles bien provistos. Y continuó el sangriento avance hacia la altura, donde Gutiérrez aprovechaba estribaciones del terreno y cercas de piedra para un aparente y sin duda prevenido retroceso. La lucha nuestra al descubierto cegaba sin cesar muchas vidas. Cada cuadra que ganábamos era obtenida a costa de excesivas bajas, inclusive de Jefes y oficiales. Y a las cinco de la tarde empezó a cundir el desconcierto. Entonces llegó el descabello. Perdomo y Mazabel aparecieron con un batallón desplegado por nuestro costado derecho. Fue imposible ya impedir la derrota. Los Jefes Pedroza y Barriga lograron una mediana reacción, conteniendo algo la desbandada. Pero solo las sombras de la noche nos libraron de persecución intensa, que habría sido el aniquilamiento. Después de vadear el río Chocho, más que desorganizados, pudimos escapar por Mesa de Limones a Icononzo, y al tercer día llegar, exánimes e inermes, a las serranías y población de Dolores, muy adicta a nuestra causa.

Principiaba agosto de 1900 y empezó a rumorarse en nuestras diezmadas filas el reciente derrocamiento del Presidente y su destierro a Villeta, llevados a cabo con el ansia y por los partidarios del fabulista Vicepresidente Marroquín. Con inmensas dificultades al descender de nuestro provisional refugio, un centenar de derrotados pasamos el centro del Tolima, deslizándonos furtivamente tantas veces de noche a pocos metros de las avanzadas enemigas para por fin llegar a otro rincón hospitalario: Chaparral. Allí hubo

relativa organización con el arribo de grupos rezagados y salimos a mediados de agosto para Ortega y San Luis. A esta población llegó al día siguiente un mensajero con el aviso de que acercaban enemigos del Guamo y de Coyaima. Nos dirigía ocasionalmente el Jefe Clodomiro Castillo, luchador poco antes en el departamento del Magdalena, con fama de valeroso e irascible. Y a sus órdenes comandaba un pequeño escuadrón de nuestras débiles huestes el Coronel Barriga. Ante la alarmante noticia, confirmada por un nuevo posta, Castillo, tras un violento vizaíno se dirigió al jefe de esos cuarenta jinetes, entusiastas pero mal montados y a medio armar, gritando: "Al galope, y al Norte". Nuestro pundonoroso Coronel Barriga, replicó en acto con energía: "General, sin ajo. Y escuadrón, al trote" Dado lo impulsivo de Castillo, los novatos esperamos, inquietos, fuerte reacción. Pero Castillo guardó silencio y a poco rato emparejó su cabalgadura con la de Barriga, y le tomó opinión sobre el peligro inminente, pues éramos apenas unos doscientos hombres, escasamente armados. Dicho General Clodomiro F. Castillo, desarrolló operaciones en el norte del Tolima, aprovechando varias guerrillas que actuaban en los alrededores del municipio de Piedras, donde así se tonificó nuestra endeble fuerza, llegando a contar con unas novecientas unidades.

Un tanto retrospectivo anotamos ahora algo que aconteció en Natagaima, algo dramático, que se nos quedó muy grabado, por lo grave e imprevisible: A dos oficiales con algunos soldados les fue encomendada una comisión diríamos de rutina. Conseguir caballos y cereales. Al poco se supo que, embriagados, habían allanado una pequeña residencia y cometido atropellos villanos en la modesta familia. Inclusive principio de torturas. En el acto

el General José de J. Caicedo Rocha, convocó un Consejo de Guerra, que resolvió condenar a muerte a los dos oficiales, ya que prisión más o menos larga, no teníamos forma alguna de hacerla efectiva y para real escarmiento. Obligaba a todas las fuerzas acantonadas hacia una semana allí, presenciar la previa degradación. Alineadas nuestras tropas en los costados de la plaza principal y leída la sentencia, se les arrancaron a tales infortunados las trensillas adaptadas para el caso y los respectivos sables fueron arrojados al pavimento, para que sobre esas armas desfilara la tropa. Tremenda fue la depresión de aquellos infelices militares, quienes apenas podían sostenerse al ser conducidos al lugar del suplicio. Al fin los perdimos de vista. Minutos después de tal espectáculo, tan profundamente impresionante, el ruido de dos descargas próximas nos confirmaron ya el final de aquellos compañeros, y sumidos de tristeza reanudamos faenas. Pero este sacrificio ponía en alto el honor del Ejército, consolidaba la disciplina y sentaba un vigoroso precedente, que habría de perdurar en la memoria de quienes formábamos esa falange -ajena al odio- de entusiastas.

Y, reviviendo sucesos de la acogedora Fusagasugá, relatamos en seguida uno, muy personal, que luégo de más de medio siglo puede ser anotado sin reato, diluído ya y sin temor, pero que en su momento fue grave y de rotunda indisciplina, aunque sin consecuencias, a menos que todavía estemos ofuscados. Destinados una noche, con un sargento y veinte soldados, a custodiar importante sitio en la vía de Bogotá, con vigilancia agudizada y expresa consigna de no retirarse de allí ni un momento siquiera, ninguno de los de tal avanzada; esto fue cumplido rigurosamente hasta la media noche. Pero la relativa altura donde estábamos, a unos tres kilómetros de la plaza ocupada. permiti-

tía apreciar los regocijos allí, con las explosiones frecuentes de pólvora artificial y las fogatas. Al descender un poco, alcanzábamos a oír la música de dos bandas, como en eufórica rivalidad, y un soldado que por entonces llegó, con instrucciones para el amanecer, confirmó el desbordante derroche y los numerosos bailes en combustión. La tentación empezó a bullir y nuestra cabalgadura fue alistada sigilosamente. Pero venía la reflexión y con ella el vacilar, siendo bravía la tensión.

En el mismo sector y a mitad del recorrido hacia la ciudad, actuaba otro retén, en una bifurcación de senderos, fuerte escollo para nuestro descabellado proyecto, ya efervescente. Le anotamos de ligero al severo sargento, pujante y cuarentón, la conveniencia de una visita detenida a esa guardia vecina. Por último, conseguimos medio litro de aguardiente, y confiados en nuestro brioso alazán, procurando acallar voces internas de reproche, principiamos con la mayor cautela semejante excursión. Pronto avistamos un pelotón de ocho unidades. Lo comandaba un cabo, veintiañero, rubio y silvestre. Le explicamos tener urgencia de ir en seguida a la ciudad. Asintió, pero como preocupado, y nos pidió el Santo y Señá. Como no acertáramos a decirselo exactamente, manifestó con calma su extrañeza. Le repusimos que tenía razón, e hicimos amago de regreso, pero ofreciéndole, a "pico de botella" un trago de nuestra mascota. Lo apuré sin reservas. Simulamos hacer otro tanto y contramarchamos lentamente. Pero se escuchaban desde allí bien los bambucos en la ciudad. El hechizo se acrecentaba. Y tornamos a donde el joven cabo a ofrecerle nueva dosis y un buen cigarro. Aceptó, apurándolo en máxima cuantía. Luego empezó a fumar, e insinuó un tercero. Escanciado éste nos

